

La primera economía occidental

GONZALO ANES*

Dentro de este ciclo cuyo título lleva “la fundación de Occidente. Entre Carlos V y Velázquez (1500 y 1660)” me corresponde hablar de la primera economía occidental. Tanto el título del ciclo como el conjunto de conferencias que aparece en el programa, son obra de D. Julián Marías, a quien agradezco de todo corazón que me haya llamado a participar en este ciclo de conferencias. Muchísimas gracias D. Julián, una muestra más de la vieja amistad y de la relación de maestro-discípulo que tanto me honra y a la que tanto debo.

Voy a hablar de economía y me siento obligado a tratar de aspectos y asuntos anteriores, muy anteriores a esa primera mitad larga del siglo XVI que corresponde al reinado del Emperador, a esa época cuyas líneas esenciales pueden proyectarse hasta mediados del siglo XVII, hasta 1660.

* Director de la Real Academia de la Historia

Carlos de Gante nace en Gante en 1500 y es coronado emperador en Aquisgrán el 23 de octubre de 1520. Esta coronación exigió gastos que fueron sufragados sobre todo por Castilla, adelantando el dinero necesario sobre todo Jacobo Fúcar —como se le llamaba en España— con la garantía del arriendo de las rentas de los maestrazgos de las órdenes militares que incluía los rendimientos de las minas de Almadén.

Es decir que vemos a Carlos V a partir de 1502 al frente del Imperio romano germánico, esa creación política fundada por Carlomagno siempre en pugna con el papado. Hay que decir que esa corona imperial tenía sobre todo un valor simbólico y daba prestigio al que la llevaba porque príncipes y ciudades libres eran soberanos; de hecho las instituciones comunes significaban más bien poco, pero el poder se lo daban al Emperador sus estados patrimoniales, que a Carlos V eran los que le correspondían por su herencia española como nieto de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón: Castilla, Aragón, Navarra, Cerdeña, Nápoles, y los que le correspondían por la herencia borgoñana, por su padre: Países Bajos, Francocondado, Austria.

Los peligros eran los que venían del sudeste, el peligro turco, y también el deseo de que se integrase Francia —en posición subordinada claro está— para conseguir algo que el Emperador deseó siempre, la unión de la Cristiandad con Portugal, potencia importante, y con Castilla y Aragón, núcleo esencial de lo que llamamos Occidente. Se siguió una política matrimonial para conseguir mediante esas uniones la unión política que empezó con los Reyes Católicos, que prosiguió después con Carlos V que se casó en 1526 con Isabel de Portugal. Inglaterra por entonces era poco temible, comenzaba a despertar de un largo letargo medieval. La Italia dividida era disputada por Francia y España. Conquista Francisco I Milán, pero el cerco de Pavía, con la batalla y victoria en 1525, hacen que Carlos V pueda tener la hegemonía en Italia.

Ya saben que la actitud contraria a la presencia de tropas del Emperador en Italia por parte de Clemente VII significa la toma y el saqueo de Roma y favorece una alianza entre Francia, Inglaterra, Venecia y Génova; simultáneamente los turcos, que desde las llanuras húngaras preparan el asalto al corazón de Europa, son rechazados en el sitio de Viena.

Este es el panorama político básico, pero mi conferencia se titula “la primera economía occidental” y para hablar de ella es necesario remontarse en el tiempo, porque no se entiende cómo se pudo construir esta economía occidental en el siglo XVI sin tener presente una serie de factores que van a diferenciar la historia de lo europeo de la historia de cualquier otro pueblo del mundo. Y para entender esa economía occidental, que podemos llamarle ya economía mundial, a comienzos del siglo XVI, es necesario dar una idea de los cambios que tuvieron lugar en la Europa medieval porque si no es imposible explicar la hegemonía europea en el mundo de finales del siglo XV y explicar también que esa hegemonía se mantuviera hasta finales del siglo XIX.

Y para ello, necesito desterrar en ustedes la idea de que para el conjunto de Europa la Edad Media fuese una época de retrocesos respecto a la antigüedad, respecto a los esplendores de Grecia y de Roma. Esa idea que arraigó entre los humanistas del siglo XVI asombrados por el conocimiento de la filosofía, de la literatura, el arte de la antigüedad. Esa “noche medieval” en que ellos creen que está sumida Europa durante la Edad Media, idea que persiste durante los siglos XVI, XVII, XVIII e

incluso el XIX, esos oscuros tiempos góticos de que hablan los ilustrados de finales del siglo XVII y los románticos del siglo XIX, estos últimos recreándose en una idealización de lo medieval acorde con sus planteamientos estéticos. Pues bien, en nuestros días y desde hace ya unos cuantos decenios, se ha comprobado que para el conjunto de Europa la Edad Media fue una época de grandes innovaciones, de innovaciones de carácter técnico mecánico que nos pueden parecer hoy modestísimas, algunas insignificantes, pero que tuvieron una gran trascendencia en lo económico. Muchas de ellas se conocían desde la antigüedad, desde Grecia o Roma, pero no habían sido aplicadas o no lo fueron, al menos, con la generalidad con que lo fueron a partir del siglo VIII. Voy a enumerarlas para que se sorprendan ante lo insignificante de estas innovaciones y van a ver enseguida la trascendencia que tuvieron:

Siglo VI: se difunde en Europa el molino de agua, que mueve la fuerza del agua al caer sobre la muela. Aunque se conocía la forma de mover una muela en la antigüedad, la generalización de los molinos de agua no se produce en Europa sino a partir del siglo VI.

Siglo VII: se difunde en la Europa húmeda un arado pesado de ruedas del que ya habla Plinio pero que no tenía aplicación y que no era necesario por la delgadez de las tierras en el área mediterránea, pero sí era útil en las tierras húmedas y pesadas de la Europa del Norte.

Siglo VII: se difunde en la zona europea no romanizada el cultivo en hojas: cultivar un espacio, dejarlo herbáceo, cultivar otro, dejarlo herbáceo, cultivar un tercero, mientras ese tercero se cultiva se barbecha el primero y se procede así a la rotación de los cultivos de forma que se asocia pastoreo con cultivo y no es necesario trabajo humano para abonar las tierras: las abonan los ganados mientras aprovechan sus pastos y gracias a este cultivo en hojas tiene lugar una armonización de agricultura y ganadería y se ahorra tiempo de trabajo humano.

Siglo X: se difunde en Europa un artefacto sencillísimo, la herradura, a través de los árabes y la collera. Tenemos que documentar estas innovaciones nunca en escritos sino en bajorrelieves en códices. Un bajorrelieve irlandés del siglo VIII nos informa sobre la collera. Lo mismo que una miniatura carolingia nos informa también de la collera y del tiro y de la herradura que evita daños en los cascos de los caballos, cómo la collera permite utilizar éstos con eficacia para el tiro. Todas estas innovaciones van a permitir ahorro de tiempo y de trabajo o, en términos económicos, aumentos de productividad del trabajo humano. Aumento de la velocidad de los caballos y de las mulas, más veloces que los bueyes, y esto va a significar un gran avance.

Siglo XI: se difunde hacia 1050 la grada, un artefacto que permite remover la tierra antes de arar y también después de la arada.

Resultado de esas sencillas técnicas, va a ser una gran expansión agraria en Europa desde el siglo XI sobre todo y que continúa durante los siglos XII, XIII y primera mitad del siglo XIV.

A mediados del siglo XIV hay síntomas de haberse alcanzado el máximo de esa expansión agraria por haber cultivado excesiva extensión de tierra y haber roto el equilibrio que deben guardar tierras de labor, tierras de pasto y tierras de monte bajo y monte alto.

También tienen lugar en la zona mediterránea perfeccionamientos de riegos en el valle del Po, en las huertas de Valencia y de Murcia y se difunden nuevas plantas como el sorgo, las moreras —con lo cual aumenta la producción de capullos de seda—, los melones de procedencia armenia, los espárragos, las alcachofas y los albaricoques.

No solamente aumenta la producción agraria sino que es más diversa, con lo cual la dieta de la población mejora y tiene lugar un aumento del número de habitantes en Europa en los siglos XI, XII, XIII y primera mitad del siglo XIV.

Pero estas innovaciones, cuyos frutos siguen recogiendo a pesar de esas dificultades que se observan a mediados del siglo XIV, quedan restringidas al ámbito agrario, pero hay también innovaciones en Europa en el ámbito de las manufacturas. Los molinos de agua van a tener más trascendencia que la de moler grano, porque conocida la forma de utilizar el agua para mover una muela con un sencillo artefacto se puede utilizar la fuerza del agua para imprimir un movimiento de arriba abajo, es decir el movimiento del martillo, y se utiliza en seguida la fuerza del agua para abatañar paños, para darles el cuerpo necesario y para ahorrar tiempo de trabajo, al machacar el hierro con la fuerza del agua se podrán mover mazos que permitan machacar hierros y hasta mover fuelles para utilizar en las serrerías. Y a partir del siglo XI hay molinos en toda Europa y hombres que saben hacerlos y repararlos; se verá enseguida cómo la fuerza del agua se utiliza para imprimir ese movimiento de mazo-martillo, surgen los batanes y también las serrerías, incluso se utiliza la fuerza del agua para mover una sierra y serrar madera; tenemos un testimonio de Normandía de 1204, testimonio gráfico de la primera serrería que conocemos, y en 1224 en Suecia un molino para machacar el hierro. Aunque son originarios de Persia, donde no hay desniveles que permitan aprovechar la fuerza del agua al caer, se difunde el molino de viento originario de esas tierras en la Mancha, en los Países Bajos, haciéndolos más eficaces ya que en vez de tener eje vertical, como en Persia, se difunden con eje horizontal. Esto mejora la productividad en la industria. Va a ocurrir que las traducciones de tratados griegos y árabes hechas en Toledo y dadas a conocer en Europa a través de la España cristiana, harán que resurja el interés por la astrología y que se sienta con más fuerza de día en día la necesidad de disponer de una buena medida del tiempo. Y así, gracias a descubrimientos que se hacen en la corte del Rey Sabio, hacia 1275 tenemos referencia de un reloj movido por procedimientos mecánicos, surge así el reloj mecánico, por lo que desde comienzos del siglo XIV el reloj mecánico se difunde por toda Europa y, siendo tan sencillo como es, se constituye en la primera máquina de precisión inventada por el hombre y es antecedente de toda la maquinaria posterior. Todas las máquinas complicadísimas de nuestros días, desde los motores de los aviones a la máquina más compleja que pueda haber en una instalación fabril, son herederas del reloj mecánico. Y con el reloj mecánico surge un nuevo cuerpo de artesanos capaces de hacer y reparar estos relojes y también de discurrir e inventar nuevas máquinas que se puedan mover por este procedimiento mecánico.

El telar de pedales de procedencia china se difunde en Europa hacia 1190, con lo cual fomenta este telar la mejora en la productividad de las gentes que se dedican a tejer. Y ese incremento de la población, que se consigue gracias al fomento de la producción agraria, permite éxodos rurales no ya sin que disminuya la producción rural, sino con aumentos de la producción rural. Concentración de gentes en ciudades, de campesinos que encuentran posibilidades de mejorar, de ir a más, y aumenta la producción textil, la producción manufacturera en las ciudades de toda Europa.

Va a haber una novedad sencillísima pero esencial para entender esa superioridad europea: el papel, que es un invento chino que difunden en Europa los árabes. Tenemos noticia de que se fabrica papel en 1280 en Játiva y esa producción de papel va a tener una gran importancia, y hay que asociar la producción de papel al desarrollo de la producción de manufacturas de telas, y sobre todo al incremento de los desechos de esas telas, al incremento de la existencia de trapos con los que, por procedimientos mecánicos, se podrá hacer papel. El papel va a ser esencial para aprovechar en todas las posibilidades la imprenta.

La imprenta supondrá un gran abaratamiento de los libros que podrán tenerlos muchas gentes, con lo cual se podrá disponer de un elemento fundamental para la divulgación de los conocimientos. Como dirían los ilustrados del siglo XIX, para la difusión de las ciencias útiles.

Con lo cual ya se puede establecer esta comparación a finales del siglo XV; tanto en el desarrollo agrario, como la producción de las manufacturas, como las posibilidades de difundir conocimientos, los europeos del siglo XV son superiores a cualquier otro pueblo del mundo. Tiene por tanto lugar la fundación de Occidente. Esa fundación de Occidente que coincide con una clara superioridad en lo económico, tanto como en lo cultural, con respecto al resto de los pueblos del mundo. Pero hay otras cosas, otras diferencias positivas a favor de Europa que no se pueden entender si no se retrocede en el tiempo y volvemos a la Edad Media, innovaciones que se realizan durante la Edad Media y se consolidan durante este período: el arte de la guerra heredado de los antiguos que va experimentar cambios importantes a partir del siglo VIII. Esos cambios van a consistir en las posibilidades que tiene un sencillo artefacto: el estribo y, claro está, la montura van a permitir utilizar los caballos en la guerra y investir al contrincario a galope con lanzas. Como siempre que hay una innovación en el arte de la guerra que hace más eficaz el ataque, se imaginan las gentes las posibilidades de defenderse de ese ataque y surgen enseguida las mayas para cubrir el cuerpo y evitar lanzadas, y las rodela o escudos para eludirlos. Gracias a las sillas con borchén trasero y pomo alto delantero, caballo y caballero forman un solo cuerpo y es posible la guerra con lanzas, lo cual supone un avance de los europeos. Claro está, no podría darse este avance en la fabricación de lanzas y armaduras, de escudos y corazas, sin el desarrollo de la siderurgia antes mencionado gracias al empleo de la fuerza del agua para mover los mazos y los fuelles de las fraguas. Esas armaduras que llegan a ser verdaderos alardes de técnica e incluso arte.

Pero no acaban aquí las innovaciones. A fines del siglo XI se difunde la ballesta; en 1147 sabemos que los soldados franceses que participan en el sitio de la Lisboa musulmana utilizan la catapulta, y sabemos que en 1258 se lanzan cohetes en Ginebra. Estamos, por tanto, en presencia de la pólvora y en vísperas de que por medio de un tubo de bronce se pueda lanzar un proyectil, con lo que tenemos los cañones. En el sitio de Algeciras en tiempos de Alfonso XI, utilizan cañones, y los cañones van a hacer superiores a los europeos sobre cualquier otro pueblo en el arte de la guerra, circunstancia esta que se lleva al extremo cuando estos cañones se hacen adaptables al uso individual y surge el mosquete. Y simultáneamente hay mejoras en Europa en el arte de navegar, desarrollo de la cartografía en el Mediterráneo desde el siglo XIII, mejoras en la construcción naval —tanto en el Mediterráneo como en el norte de Europa— y en el último decenio del siglo XII la brújula magnética, de procedencia china. Y esas mejoras concluyen en la carabela que permite viajes de mayor radio e internarse en el océano, y la carabela, la nao armada con cañones, da lugar al galeón,

que es la fortaleza imbatible europea que les permite dominar a los demás pueblos en todos los mares del mundo.

No se comprenderían sin estos adelantos las navegaciones de portugueses a lo largo de las costas de África, sobre todo después de la conquista de Ceuta en 1415, ni se comprenderían las exploraciones de la costa de África ni las navegaciones hispánicas hacia América. Pero, a la vez que tiene lugar la formación y la expansión de Occidente con la ocupación de las tierras descubiertas y que pasan a ser colonizadas, tiene también lugar el avance turco en el sur y en el este de Europa. El 28 de mayo de 1453 cae en manos de los turcos Constantinopla, algo terrible y deplorable para la humanidad y para los cristianos. Se dice en fuentes de la época “El esplendor y la gloria de oriente, la escuela de bellas letras, el asilo de la civilidad tomada, devastada, saqueada por bárbaros inhumanos, por los enemigos de la fe cristiana”. Tras Constantinopla, Serbia, Bosnia Herzegovina, Albania, y los turcos amenazan el corazón de Europa en la segunda mitad del siglo XV. Hay por lo tanto un retroceso desde el este que coincide con el avance a través del océano de castellanos y portugueses como protagonistas y que se produce en África, en América y en Asia. Y el galeón armado lo hizo posible.

La expansión en América y la llegada a Asia tuvieron repercusiones económicas importantísimas, hay que pensar que este desarrollo económico que tiene lugar en Europa durante la Edad Media se reanuda durante el siglo XV, a pesar de la depresión del siglo XIV. Los tráficos y los tratos se intensifican y son necesarias cada vez mayores cantidades de oro para acuñar más y más monedas. De ahí esa hambre de oro y plata de la baja Edad Media Europea durante la expansión de los siglos XV y XVI.

La intensificación de las relaciones comerciales en el Mediterráneo y en el Atlántico desde el dominio del estrecho de Gibraltar fue progresiva. La conexión marítima de la zona mediterránea con el norte de Europa a través de Gibraltar y la consecuente intensificación de los tráficos hacía urgente disponer de oro y plata. El oro americano, que comenzó siendo una promesa en la que los castellanos tuvieron fe, luego fue una realidad cumplida. Así, entre 1503-1510 llegan 5.000 kilogramos de oro que se añaden a la pequeña cantidad de oro existente. Quizá todo el oro que había en Europa a finales del siglo XV cupiera en un cubo de un metro de lado; en 1511-1520 fueron 9.000 kilogramos; en 1521-1530, 5.000; en 1531-1540, 14.000 kilogramos; en 1541-1550, 25.000 kilogramos de oro.

Y también comienzan a llegar cantidades de plata a partir de 1531-1540 para pasar de 86.000 kilogramos de plata entre esos años, a 3.000 kilogramos, en 1551-1560, hasta completar la cifra de unos 18.000.000 de kilogramos de plata que llegaron entre 1503 y 1560.

Aumenta la cantidad de dinero en circulación y más de lo que aumenta la producción de bienes y servicios, a pesar de que ésta también aumentó mucho, con lo que aumentaron los precios. Se produce lo que el historiador norteamericano Hamilton llamó la revolución de los precios del siglo XVI. Pero ese aumento en España no fue acompañado de un ascenso del poder adquisitivo de los salarios, sino que éstos aumentaron tanto como los precios, y casi siempre un poco más. El poder adquisitivo del salario mejoró, mejoraron los salarios reales en aquellos años. Esta mejoría de los salarios se prolongó durante todo el siglo XVI y hasta 1660.

Y a la vez que se producen estos hechos económicos, fundamentales para comprender la Europa de los siglos XVI y de la primera mitad del siglo XVII, a finales del siglo XV el área mediterránea occidental era la más desarrollada de Europa. Italia o, mejor dicho, su zona septentrional era quizá la más dinámica de Europa a finales del XV, lo mismo que Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y Andalucía. En el siglo XVI Castilla conoció años de expansión económica que coinciden con la llegada de metales preciosos procedentes de América que desembarcaban en el puerto de Sevilla. Tomás de Mercado en 1569 escribió en su famoso libro *Summa de tratos y contratos* que Sevilla y la España clásica, de ser extremo límite del mundo se habían convertido en su centro. Sevilla era el centro económico del mundo en la primera mitad del siglo XVI. Claro está que también en esa primera mitad, por las guerras que sucedieron en Italia, tiene lugar la decadencia de esas florecientes ciudades italianas. Termina por las guerras la gran prosperidad de Italia de finales del siglo XV. Francesco Viccardinni describirá así la Italia del norte y del centro a finales del siglo XV cuando terminan las guerras: “Nunca tanta prosperidad, nunca tanta paz, agricultura próspera en llanura y montañas, abundantísima de habitantes y de riqueza, ilustrada por magnificencia de los príncipes, ciudades bellísimas y esplendorosas, sede de la majestad de la religión —Roma—, ingenios en todas las artes y en todas las ciencias”. En 1538-1548 entre estas fechas, Italia se convierte en un campo de batalla en el que luchan españoles, franceses y alemanes. La guerra tuvo el acompañamiento de epidemias, de destrucciones, de cese de los tráficos. Brescia producía 8.000 piezas de paños a comienzos del siglo XVI, hacia 1540 no llegaba a 1.000. Pavia tenía 16.000 habitantes a finales del siglo XV y en 1535 la mitad. El embajador de Venecia, Vasadona, describe en 1533 la situación del Ducado de Milán; comenta que dicho Ducado está lleno de miseria y ruina respecto de tiempos pasados. Sus fábricas están arruinadas. En 1550 los cortesanos ingleses que se dirigen a Bolonia para la coronación de Carlos V describen así las tierras del norte de Italia por las que cruzan para ir a Bolonia: “No hay hombres ni caballos, las ciudades están destruidas y desoladas”. Entre Vercelli y Pavía, en un espacio de cincuenta millas, en región que era ubérrima de trigo y viñedos, se observa la mayor devastación, nadie labra los campos. Hay éxodo de campesinos y ven pordioseros por todas partes. Florencia, a finales del siglo XV tenía 72.000 habitantes, en 1560, unos 60.000. Y de los talleres en donde se tejía la lana, unos 270 a finales del siglo XV que tejían unas 25.000 piezas de paño, en 1540 quedaban sólo 60 que sólo tejían unos cuantos centenares. Es verdad que con la paz tiene lugar la recuperación de estas ciudades manufacturadas del norte de Italia.

Ahora bien, mientras las ciudades y esta zona de Italia atraviesa por esa devastación que fue resultado de la guerra, la situación de Castilla es muy distinta. Tiene lugar una gran expansión de la ganadería transhumante, productoras las ovejas merinas de la lana más codiciada en los centros manufactureros de Europa, por su finura, calidad y textura, y se desarrolla la producción manufacturera en Castilla. Las Ordenanzas de Sevilla de 1515 manifiestan cómo se quiso unificar las normas que habrían de regir en el obraje de los paños de las distintas ciudades de Reino. Estas Ordenanzas establecen el respeto a las formalidades propias de cada gremio. Son de filiación medieval, reglamentistas sin duda, las 119 leyes de estas Ordenanzas. Todo está previsto en ellas —vigilancia e inspección, multas a los contraventores, etc.— y se intenta asegurar la buena calidad de los paños y que tengan salida y que puedan venderse en todo el Reino y fuera de él. Y aunque se extendió la fabricación de géneros ordinarios, no fue suficiente lo tejido para cubrir la demanda incrementada por ese crecimiento de la producción agraria y por disponer la gente de más medios de pago en sus manos. Los paños ordinarios castellanos, estameñas, cordelados, frisas o fustanes eran

los géneros que más demanda tenían, pero había también géneros más selectos como los velartes, los refinos negros de Segovia y otros a los que dieron nombre los centenares de hilos de la urdimbre a partir del siglo XIV: los catrocellos, los fitiocellos, todos esos nombres de los que hoy nos queda sólo la memoria. Y hay prohibiciones de importar y se reiteran, no se cumplen. La demanda era tal que, a pesar de la intensificación de las manufacturas en Castilla, y en la Corona de Aragón, se importó siempre. En la concordia establecida para el rescate de Francisco I consta que así como los paños de Francia se pueden libremente traer, distribuir y vender en los reinos y señoríos del Emperador, también piden los españoles que los paños de Cataluña, del Rosellón y de la Cerdeña puedan transitar libremente en Francia, y para venderlos fuera de Francia. Es decir, se exportaban los paños del Reino de Aragón y de Castilla. Los españoles compraban tejidos de lana en Flandes. Las Cortes de Valladolid de 1548 se quejan de que no hay paños ordinarios sino finos y hay prohibiciones de tejer determinados paños negros “por ser de poca dura”, y clamores en Toledo, Córdoba, Ciudad Real, Baeza o Soria por no haber costumbre de labrar otros paños. Pero además de esos centros castellanos altivos que se quejan porque piensan que hay competencia extranjera —aunque ellos venden también fuera—, están los aragoneses: Zaragoza, Huesca, Teruel, Albarracín... que se llegan a vender en Italia en esos años de dificultades económicas como consecuencia de la guerra. Y además, se desarrolla la producción siderúrgica en Durango (Vizcaya) y hay telares rurales en todos los reinos de la Corona de Castilla y de la Corona de Aragón que dieron ocupación a familias de labriegos que dedicaban el tiempo muerto que les dejaban las labores del campo a hilar y a tejer. También crece la exportación a las Indias a medida que aumenta el poblamiento de aquellas tierras, y se produce lencería fina, aunque no bastaba para el consumo, se importaba de Flandes, la fina y también basta, de Brabante, de Holanda, de Cambrai, de Ruan, y se desarrollaba la producción de manufacturas de seda y compiten en los mercados extranjeros los tejidos de seda de Toledo, de Granada, de Valencia: tafetanes, rasos, terciopelos. Los Reyes Católicos habían respetado en Granada la organización textil musulmana. De tradición también musulmana eran la de Toledo, la de Almería y la de Murcia, igual que las manufacturas sederas de Aragón y de Valencia. Se exportó seda a Flandes, a Francia, a Italia y al norte de África. Los centros sederos más importantes fueron Toledo, Talavera de la Reina, Granada, Valencia, Murcia o Almería; y en Aragón se tejía seda en Zaragoza, en Caspe o Calatayud.

Y cómo no hablar de los curtidos de tradición árabe, pues hubo focos famosos en Aragón y en Castilla que produjeron cueros adornadas con dibujos, con pinturas, con relieves para decorar muebles y utensilios. Y estos cueros tenían clientela fuera de España: guantes de Ocaña y de Ciudad Real, famosos en toda Europa.

También cerámica y armas blancas exportadas hechas por los espaderos de Toledo, pero también de Aragón donde fue legendario el temple conseguido para las armas con las aguas del río Gállego y fue famoso también el bruído de las hojas.

En este panorama de desarrollo manufacturero de Castilla que coincide con un desarrollo de las actividades comerciales, no solamente en Castilla, con el foco italiano como origen, se dieron otras técnicas que contribuyeron a hacer a los europeos superiores a cualquier otro pueblo: me refiero a las técnicas de comercio, a la letra de cambio que permite hacer operaciones de compraventa sin necesidad de trasladar el dinero ahorrando el coste del transporte y evitando todo riesgo de transportar monedas. La letra de cambio, la contabilidad por partida doble, los seguros —se

desarrolla en toda Europa occidental el seguro marítimo—, son adelantos que implican aumento de productividad y mayor eficacia.

En esta situación de prosperidad del reinado del Emperador, hay unas manifestaciones tempranas de esa política que llamamos mercantilista heredera de los principios vigentes en la Edad Media, cuando el hambre de oro y plata hacía deseable allegar las máximas cantidades posibles y rechazable el que pudieran salir de una ciudad o de un reino. En Castilla, Luis Ortiz en el *Memorial para que no salga el dinero del Reino*, de 1558, se queja de que exportaba España primeras materias como la lana, seda, hierro y cochinilla, y que se importaban manufacturas. En esta temprana formalización de esta doctrina que conocemos como mercantilista lo deseable es la balanza mercantil favorable, es decir, que el valor de lo que se importe sea inferior al valor de lo que se exporte para que el país reciba en oro y en plata la diferencia de esos valores. En la España plétórica de metales preciosos, esta recomendación de Luis Ortiz no parece que pudiera tener aplicación práctica.

Pero el gran desarrollo no se da sólo en las producciones, sino también en lo cultural que se prolonga durante todo el siglo XVI y el siglo XVII. También hay pruebas del desarrollo de las artes: de la arquitectura sobre todo, pero también de la pintura y de la escultura. Monumentos importantísimos en Granada, en Córdoba, Zaragoza, Segovia, Alcázares de Madrid y de Toledo, Burgos, Valladolid. Son años de un gran optimismo en todo Occidente. A mediados del siglo XVI, Pedro de Medina alaba “a la nación española por haber surcado mares nunca navegados antes, y por descubrir tierras desconocidas, por dar la vuelta al mundo, cosa tan grande que los antiguos —griegos y romanos— ni la vieron ni pensaron, antes por imposible la tuvieran”.

Todo esto les hace tener conciencia clara a los españoles, a los castellanos de finales del siglo XV y del siglo XVI frente a los antiguos, tan venerados antes. Son superiores a ellos porque conocen cosas que los antiguos ni siquiera habían sospechado que existieran. Olovera de Ávila en 1542 dirá que los antiguos, por muy esclarecidos que fueran, ignoraban enfermedades que en su tiempo se conocían y los métodos para curarlas, con médicos que se podían igualar a los antiguos e incluso mejorarles. También Bernal Díaz del Castillo dirá: “mirad que los romanos no han hecho tal hazaña como la de cruzar el océano y descubrir nuevas tierras”. Se conocen nuevas tierras sobre las que no había textos de autores griegos y latinos que poder utilizar para describirlas, tienen que describir gracias a lo que ven, a lo que observan y comienza a afirmarse desde finales del siglo XV y a generalizarse esta actitud de preferir el conocimiento que resulta de lo que se ha visto u observado, de b que cada uno ha podido comprobar al que resulta de la lectura de los escritores griegos y latinos. Fernández de Oviedo dirá “nuestra voluntad no se contenta ni se satisface —ni nuestro ánimo— con entender y especular pocas cosas, ni con ver sólo las ordinarias, no se cesa de inquirir en la tierra y en la mar las maravillosas e innumerables obras que el mismo Dios y Señor de todos nos enseña”. No se cansa de inquirir, de observar y así está esculpido en la Iglesia de San Marcos de León: “Omnia Nova Placet” (Todo lo nuevo agrada).

Pues bien, se puede recapitular esta exposición como sigue:

Superioridad de Occidente sobre el resto del mundo a finales del siglo XV que se mantiene durante los siglos XVI, XVII, XVIII y casi todo el XIX.

Presencia europea en todo el orbe gracias a la superioridad europea en el arte de navegar y al galeón armado.

Dominio de los mares consecuencia de esa presencia con galeones armados.

Y en estos tiempos, Carlos V, César soberano de Occidente, aspira a una monarquía que pueda unir a toda la cristiandad, aspiración fundada en poder unir a todo Occidente y que tuvo acabado cumplimiento en tiempos del Emperador y que es obligado considerar como antecedente esencial de la formación de Europa.

Y como español e historiador me gustaría concluir diciendo que hace muchos años, como alumno de D. Julián Marías en el añorado Instituto de Humanidades, nos esforzábamos en mostrar que España no era diferente a los demás pueblos del occidente europeo, contra esa marea que tendía a señalar peculiaridades hispanas diferenciadoras del resto de Europa. Y hemos conseguido mostrar los historiadores que España no es diferente, pero pienso que una vez que se destierren todas esas “espumas negras” que han quedado y quedan todavía de la leyenda negativa generada a finales del siglo XV —justo cuando la monarquía es hegemónica y como toda hegemonía, da lugar a críticas con fundamento y sin él— que se ha ido arrastrando a lo largo de los siglos haciéndose más intensa en determinadas épocas —pensemos en la segunda mitad del siglo XVII, justo cuando parece recuperarse el pulso que se había atenuado y que continúa a lo largo del siglo XIX y se intensifica a finales de dicho siglo—, estamos hoy en un momento de eliminar toda esa espuma negra y ver la realidad como fue, de modo que podamos sentirnos orgullosos de pertenecer a un país no sólo que no es distinto de los demás países de Europa sino, junto con Portugal, que ningún otro país de Europa hizo tanto como hispanos y portugueses hicieron por la formación de Europa.